

el bailarín

Guillermo Arriaga,

Adriana Malvido



Archivo fotográfico CENIDI DANZA-INBA

El coreógrafo, bailarín, compositor e investigador Guillermo Arriaga Fernández falleció el 3 de enero de 2014. Junto con Carlos Montemayor, entonces director de Difusión Cultural de la UAM, estableció el Premio Nacional de Coreografía FONAPAS-UAM, que se designó posteriormente Premio INBA-UAM. Arriaga fue miembro de número de la Academia de Artes y recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes 1999. Tras 54 años de notable labor en el INBA, recibió la Medalla de Oro de Bellas Artes. Para honrar la memoria, su creatividad y su obra, el INBA y la UAM acordaron que, en lo sucesivo, dicho reconocimiento se designe Premio Nacional de Danza Guillermo Arriaga.

“¿QUÉ PREFIERES, LA *SEXTA SINFONÍA* DE TCHAIKOVSKY O la *Quinta* de Beethoven?” le preguntó su padre un día. Y Guillermo, aún muy niño, optó por Beethoven. Luego se hizo muy amigo de Bach, de Mozart, de Wagner, Mahler y Brahms con quienes descubrió “que es a través de la música que los seres humanos somos mejores”.

Hay que imaginarlo de la mano de su padre cuando conoció el Palacio de Bellas Artes y escuchó un concierto del maestro Carlos Chávez. Hay que imaginarlo jugando a ser director de orquesta frente a un espejo todas las tardes. Y después, a los catorce años, cuando su mamá le compró su primer instrumento musical, una pianola, tocando *Sobre las olas*...

Guillermo Arriaga pensaba que su vida estaba en la música, en la composición, hasta que una tarde de 1942, a los dieciséis años de edad, presenció en el Palacio de Bellas Artes la puesta en escena de *Silfides* con el Ballet Theater, la más importante compañía de ballet en la historia de Estados Unidos. El impacto fue definitivo y al término de la función se dijo: “¡Este es el mundo al que pertenezco!”.

Desde entonces, comenzaron las *pintas* cotidianas, se saltaba la barda de la escuela y se iba a Bellas Artes para escabullirse hasta el tercer piso del Palacio desde donde miraba, fascinado, los ensayos de ballet sobre un escenario que palpitaba como un gran corazón, igual que el suyo. Y así, a escondidas de su familia convirtió la azotea de su casa en la Hipódromo Condesa en un foro para levantar el brazo, girar el torso, lanzar las piernas al infinito y gritar en silencio su verdadera vocación. Como *Billy Elliot* pero era *Billy Arriaga* en la ciudad de México.

Su debut, como primer bailarín, al lado de Ana Mérida en *La Balada del Venado y la Luna* el 7 de diciembre de 1949 en Bellas Artes, le dio la razón y marcó el

inicio de una larga trayectoria dedicada a la danza, como bailarín, coreógrafo, maestro y promotor. Más de 300 coreografías creó, cientos de poemas escribió, compuso canciones, estructuró y organizó a las compañías de danza contemporánea y de ballet popular que llevó por todo el mundo, hizo cine y televisión, dio múltiples conferencias. El Seminario de Cultura Mexicana publicó una antología de sus cuentos, y Conaculta editó su libro *La época de oro de la danza en México*; es decir, sus horizontes creativos no tenían límites... Y es su coreografía *Zapata* la que sigue palpitando en los grandes escenarios de la danza y en la memoria sensible de México.

Durante dos años visité a Guillermo Arriaga cada semana para entrevistarle y escribir su biografía, *Zapata sin bigote*, con los retos ineludibles de abordar con preguntas al único hermano de mi madre. Siempre lo encontré mirando por la ventana la luna que se despide cuando amanece o los volcanes al atardecer. Desde otra ventana interior imaginó un día su coreografía *Zapata* y dio a luz el libreto:

En el escenario, Zapata nace de la tierra. Ella le da la primera luz, el primer pedazo de aire. Es la fuerza para que su sangre corra como rebelde río y que cada golpe de su corazón se convierta en gigantesca ola para aniquilar al intruso, al injusto, al culpable. Se escucha la Tierra de Temporal de Moncayo. Zapata vive y lucha para devolver los derechos más sagrados a todos sus hermanos... ¡Tierra y Libertad! La música cobra fuerza, los movimientos la siguen cargados de poesía. Crece el grito, crecen el hombre y la mujer en el escenario. Finalmente, Zapata cae bajo el golpe de la traición. Vuelve al seno de la tierra, sólo que ahora, a través de ella, la cal de sus huesos y la savia de sus arterias habrán de transformarse, como profético testamento, en el más agudo grito que correrá clamando justicia por el surco de cada parcela en todos los sembradíos en donde la tierra

sea ignominiosamente violada y el campesino despiadadamente despojado.

“El día que se haga justicia en mi país, ese día se dejará de bailar mi Zapata”, decía el bailarín. Su poderosa pieza, de once minutos, con un hombre y una mujer descalzos en escena, se danza en el Palacio de Bellas Artes y en los grandes escenarios del mundo, pero también se bailó en el áspero suelo del Zócalo capitalino, durante la Caravana Zapatista en 1995, y llegó hasta la selva lacandona donde aún se percibe el eco de la música de Moncayo y donde la huella profunda de Zapata late en el corazón de las comunidades indígenas.

Se trata de un clásico de once minutos que, para Raquel Tibol, “significa una obra límite, que marca un antes y un después en el desarrollo de la danza mexicana” y que le ha valido también ser considerado “el Juan Rulfo de la danza”.

Para Arriaga todo aquello era motivo de orgullo, sí, pero como su amigo Alejandro Jodorowsky, pensaba que el hombre no nació para una sola cosa sino con potencial para ser múltiples. Decía que otro sería el mundo si toda la gente leyerá poesía, tocara la trompeta o el violín, hiciera teatro de vez en cuando o bailara, ya

sea en un foro, en un salón o en la banquetta porque, como Diego Rivera, sostenía que el arte es un asunto de salud pública. De ahí, su pasión y entrega, a lo largo de toda su vida, por la promoción cultural con énfasis en los jóvenes y en la creación artística independiente.

Con ese espíritu, ocupó la gerencia de Eventos Artísticos y Culturales en FONAPAS (Fomento Nacional para Actividades Sociales) donde fue, junto con Patricia Aulestia y Carlos Montemayor, fundador del Premio Nacional de Coreografía UAM-FONAPAS. Poco después fungió como director de Danza del Instituto Nacional de Bellas Artes; desde ahí creó el Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información de la Danza “José Limón” y logró que, al desaparecer FONAPAS, permaneciera con vida aquél premio coreográfico con el nombre INBA-UAM que de ahora en adelante se llamará “Premio Nacional de Danza Guillermo Arriaga”.

El pasado 3 de enero, el artista dio su salto definitivo hacia donde ya no necesita de ventanas para mirar la luna y los volcanes. Desde allá, resuena el eco de las palabras que pronunció el Día Internacional de la Danza en abril de 2003:

Jóvenes:

A ustedes que han decidido transitar por este largo y difícil camino de la danza, lo único que puedo decirles es:

Hay en nuestras vidas una magia... una “Hada Mágica Madrina”, esa Hada es La Vocación.

La Vocación tropieza contra altas mareas, contra rocas inmensas, contra muros de torpeza.

¿Pero saben qué?

La Vocación, esa “Hada Mágica Madrina”, es más fuerte que las mareas, que las rocas y que los grandes muros.

El poema, la ciencia, la música y la danza son hijos de la Madrina.

De esa gran Hada Madrina que es la Vocación... la luz... la vida.

Madre de toda la creación.

¡De toda vida! 

